

La ascensión de Jesucristo

Cuando el profeta Elías subió al cielo, su sucesor Eliseo deseaba una doble porción del poder de Elías. La condición para recibirlo es notable: solo si Eliseo veía cómo Elías subía al cielo, recibiría esa porción. Por eso Eliseo estaba muy atento para no perderse ese momento de la subida. No se lo perdió y fue testigo de una escena impresionante (2 Reyes 2:9-14).

También hoy podría ser igual de importante no perderse la ascensión del Señor. Naturalmente, ya sucedió hace mucho y ya no es posible perdersela. Pero rara vez se destaca el significado de la ascensión de Jesús. Tiene su lugar importante en la historia de la salvación, igual que la crucifixión y la resurrección.

Recibido arriba en gloria

Al misterio de la piedad, la base de la fe, que se nos abre en la persona de Cristo, pertenece el hecho de que ÉL fue recibido arriba en gloria.

E indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne, justificado en el Espíritu, visto de los ángeles, predicado a los gentiles, creído en el mundo, recibido arriba en gloria. 1 Timoteo 3:16

No solo la gloria fue el lugar al que Él subió. Toda la entrada en el cielo estuvo envuelta en gloria. La nube de la gloria de Dios lo recibió y fue la escolta de Su entrada en el cielo.

Fue recibido en la nube:

Y habiendo dicho estas cosas, viéndolo ellos, fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos. Hechos 1:9

Creo que esta ascensión del Señor no fue menos impresionante que la de Elías. Es el Hijo del Padre, que ha cumplido su misión al precio de su vida, el que ahora entra en el cielo, sube a su coronación para ser saludado por Dios Padre. Con su ascensión comienza su entronización. Jesús, el nazareno despreciado, es hecho inmediatamente después Señor y Cristo. Ahora toma asiento en el trono del Padre. Un hombre que es el Hijo de Dios entra, como primer ser humano, en el cielo, la sala del trono de Dios, y es recibido y saludado con todos los honores, el entusiasmo y la admiración que un padre puede dar a su hijo. El cielo es testigo de esta escena única: el regreso de Jesús al reino celestial del que había salido (Juan 3:13; 6:62). El Hijo vuelve a casa y dice:

Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese. Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese. Juan 17:4-5

Ya antes lo oímos decir:

Entonces, cuando hubo salido, dijo Jesús: Ahora es glorificado el Hijo del Hombre, y Dios es glorificado en él. Si Dios es glorificado en él, Dios también le glorificará en sí mismo, y en seguida le glorificará. Juan 13:31-32

La ascensión, que tuvo lugar 10 días antes de la fiesta de Pentecostés y 40 días después de su resurrección, está estrechamente unida a su glorificación. Podemos imaginarnos la alegría del cielo

cuando nuestro Señor, como nuestro precursor, es recibido en el cielo.

Victoria y triunfo

La ascensión es la prueba de su triunfo. La batalla se ha librado, la lucha se ha ganado. Y el cielo lo quiere de vuelta:

Y el Señor, después que les habló, fue recibido arriba en el cielo, y se sentó a la diestra de Dios. Marcos 16:19

quien habiendo subido al cielo está a la diestra de Dios; y a él están sujetos ángeles, autoridades y potestades. 1 Pedro 3:22

El que descendió, es el mismo que también subió por encima de todos los cielos para llenarlo todo. Efesios 4:10

Si su resurrección ya era la prueba de una redención consumada, entonces, al ocupar el lugar de honor más alto del universo, queda sellado definitivamente que el Cristo de Dios ha cumplido, sí, ha sobrepasado todas las exigencias de Dios. Voluntariamente descendió, vivió como nosotros, murió la muerte del pecador por otros, descendió a las partes más bajas de la tierra.

La Palabra habla repetidamente de su descenso y de su ascenso. Es esta distancia infinita, esta humillación sin límites, la que fue necesaria para cumplir el consejo de Dios. Y su exaltación a continuación es igual de ilimitada, tan alta y sublime como jamás un ser humano habría podido llegar. Y es asombroso que, porque Él se humilló así, Él nos abre el cielo. No solo ha despejado el camino; en Él ya ahora hemos sido trasladados allí con Él.

El honor de su lugar en el trono solo se puede medir cuando uno siente su profunda humillación.

¡Para llenarlo todo! Es como si en cada rincón del cielo pudiera leerse su nombre; ¡todo está marcado y lleno de él!

Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo. Hechos 2:36

También esta palabra deja clara la dimensión de su ascensión y glorificación en la historia de la salvación. El alcance de su glorificación tiene consecuencias para el mundo entero. La casa de Israel pierde su monopolio sobre la salvación de Dios; el mundo entero puede llegar a conocer a Cristo el Señor, el ungido de Dios.

¡La redención está consumada!

Naturalmente, Dios ya la selló en la resurrección. Pero aquí, sobre el trasfondo de los sacrificios y servicios interminables del antiguo pacto, la singularidad y la validez eterna de su entrega y del valor de su sangre se relacionan directamente con su entrada en el santuario celestial.

y no por {o: con} sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por {o: con} su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención. Hebreos 9:12

En el Gólgota Él dio su sangre, es decir, su vida, y entró espiritualmente en el Lugar Santísimo con su sangre. Pero en este pasaje de la Escritura se trata de que Él entró una sola vez y no volvió a salir como

el sumo sacerdote, y de que se sentó a la diestra de Dios. El «servicio» de la redención está consumado; Cristo está sentado en el trono.

Él es el autor, el creador de la salvación eterna. ¿Quién puede plantear esta pretensión asombrosa, quién puede decir que ha consumado algo así?

y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen; y fue saludado {o: designado} por Dios como sumo sacerdote según el orden de Melquisedec. Hebreos 5:9-10

Solo aquel a quien Dios saluda y da la bienvenida en su santuario para tomar asiento en su trono, el lugar más alto que existe. ¡Qué saludo! ¡El Hijo vuelve después de 33 años! ¡Y recibe el título de honor «sumo sacerdote según el orden de Melquisedec»!

Las palabras del Padre incluyen esta: ¡Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies! Salmo 110:1

¿Se habría consumado una redención eterna e incuestionable si Él no hubiera sido recibido por Dios de esta manera?

¡Representación en el cielo, salvación en la tierra!

Él traspasó los cielos. Esa es su ascensión, que es la condición previa para su oficio de sumo sacerdote. Subió en un desfile triunfal, visto por todos los ángeles.

Por tanto, teniendo un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión. Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro. Hebreos 4:14-16

Él no solo mira, como nosotros hacemos a menudo; no, Él ora y suplica a Dios por nosotros para que no nos rindamos en el camino estrecho hacia la gloria.

por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos. {o: para representarlos, para rogar por ellos} Hebreos 7:25

El Espíritu de Dios: agua viva, Consolador y poder desde lo alto

¡La condición para que el Espíritu de Dios fuera enviado a la tierra en Pentecostés era un Cristo ascendido al cielo y glorificado!

El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado. Juan 7:38-39

El Espíritu de Dios debía dar testimonio de un Cristo glorificado, hacer que esta gloria fuera viva para nosotros en nuestro camino hacia la meta, un camino que, visto por fuera, no deja reconocer ni intuir nada de esta gloria de Cristo, que Él compartirá con nosotros y que ya ahora es posesión nuestra. En este sentido podemos hablar también de poder desde lo alto: la esencia y el efecto de la gloria en las alturas.

Es en verdad nuestro secreto que nuestro Señor es ahora el Señor de la gloria y que nosotros vamos de camino precisamente hacia esa gloria. Él quiere mostrarnos su gloria, la que el Padre le dio a causa de su obra consumada.

En Pentecostés vino este Espíritu y se convirtió en el poder desde lo alto para los discípulos. Pero todos saben que ese día, precisamente por el Espíritu, se convirtió en la hora del nacimiento de la iglesia de Dios:

Así que, exaltado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís. Porque David no subió a los cielos; pero él mismo dice: «Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies». {Salmo 110:1} Hechos 2:33-35

Ese día todos los discípulos recibieron de beber de un mismo Espíritu y fueron unidos a la Cabeza celestial. Cabeza y cuerpo son imagen y realidad de la unión íntima e inseparable entre Cristo y la iglesia. Y la cabeza debía ser un Cristo glorificado, nada menos que aquel que lo llena todo en todo. No un Cristo resucitado antes de su ascensión, cuando todavía estaba en la tierra, sino aquel a quien pertenece el futuro, el que quiere compartir esta gloria para siempre con la iglesia. Él ya no estará en ningún lugar sin que la iglesia esté presente, porque cabeza y cuerpo son inseparables.

Que Jesús fuera a dejar a los discípulos tenía que entristecerlos. Pero el Maestro les deja claro, y también a nosotros a lo largo de todo el NT, cuán importante y absolutamente necesario es que Él regresara. En ese vacío entraría el Espíritu de Dios, los llenaría y moraría en ellos. Él vendría de nuevo, en este Espíritu, que también es llamado el Espíritu de Cristo.

Pero ahora voy al que me envió; y ninguno de vosotros me pregunta: ¿A dónde vas? Antes, porque os he dicho estas cosas, tristeza ha llenado vuestro corazón. Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuese, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré. Juan 16:5-7

¡ÉL prepara nuestra llegada!

La ascensión tiene que ver también directamente con nuestra esperanza. Él tiene que irse para prepararnos una morada allí donde Él siempre estuvo con el Padre. Él mismo se ocupa personalmente de ese lugar, para hacerlo adecuado para nosotros. ¿Qué significará eso? Él tiene tan buenas intenciones con nosotros; ¡no tenemos ni idea de lo que nos espera!

En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis. Juan 14:2-3

Habéis oído que yo os he dicho: Voy, y vengo a vosotros. Si me amarais, os habríais regocijado, porque he dicho que voy al Padre; porque [mi] Padre mayor es que yo. Juan 14:28

El Salvador nos deja mirar aquí en su corazón. ¡Quería volver a casa! En el mundo no estaba en casa. Era un extranjero, un siervo concentrado en su encargo. Pero quería que su hogar fuera también nuestro hogar.

Así, no estaremos en casa en la tierra, sino con Él. Nosotros, que antes éramos terrenales, seguramente echaremos poco de menos, aunque de vez en cuando tales pensamientos quieran

asaltarnos.

Jesús se ha adelantado como nuestro precursor y ahora está en el santuario, que describe el mismo lugar que la casa del Padre, naturalmente desde otro punto de vista.

La cual tenemos como segura y firme ancla del alma, y que penetra hasta dentro del velo, donde Jesús entró por nosotros como precursor, hecho sumo sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec. Hebreos 6:19-20

Un precursor tiene seguidores, y esos somos nosotros. Él es el autor y consumidor de la fe. Lo seguiremos por el mismo camino por el que Él traspasó los cielos. También de nuestra «recogida» se ocupará Él personalmente, igual que del acondicionamiento de la morada.

¡ÉL deja un encargo!

Y les dijo: Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. Marcos 16:15

Sería una omisión no citar estas palabras del Maestro en los momentos de su despedida de los discípulos. El encargo es inequívoco. Es el evangelio de la gloria de Dios en la faz de Cristo (2 Corintios 4:6). Es el mensaje de la salvación eterna, por la que Cristo murió, resucitó y subió al cielo. Y el lugar en el trono de Dios nos da la autoridad para ir. No es, precisamente, el mensaje de un fracasado que terminó en la cruz. ¡Es el mensaje del vencedor que vuelve, que vive!

¡ÉL vuelve!

Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo. Hechos 1:11

Estará de pie sobre el monte de los Olivos:

Y se afirmarán sus pies en aquel día sobre el monte de los Olivos, que está en frente de Jerusalén al oriente; y el monte de los Olivos se partirá por en medio, hacia el oriente y hacia el occidente, haciendo un valle muy grande; y la mitad del monte se apartará hacia el norte, y la otra mitad hacia el sur. Zacarías 14:4

Ahora está sentado en el trono del Padre. Entonces, cuando venga, reinará en su trono, a cuyos pies yacerán todos sus enemigos (Apocalipsis 3:21).

¡La gloria que ya ahora tiene irrumpirá como el sol!

¡Tan cierto como hubo el día de su ascensión, habrá el día de su regreso! Todo esto lo viviremos desde muy cerca. ¡Aleluya!